

de que él pudiera realizar su intento se encontró desarmado.

Fué tal entonces el terror que sintió, que los agentes creyeron que iba á desmayarse, y como sus dientes castañeteaban y sus temblorosas piernas se negaban á sostenerle, se vieron precisados á meterle en un coche para en él conducirlo á la Comisaría.

## VIII

## LA SALPETRIERE

## VIII

### LA SALPÉTRIÈRE

El conjunto de edificios que constituye en la actualidad el hospital de La Salpêtrièrè, destinado al tratamiento de las enfermedades del sistema nervioso, forma casi un barrio de forma triangular circunscrito por el camino de hierro d'Orleans, el Boulevard de la Gare y el Boulevard del Hospital.

Al detenerse ante el pòrtico de La Salpêtrièrè, lo primero que llama la atenciòn es la preciosa estatua que al eminente sabio, al gran Charcot han erigido sus discùpulos y sus amigos, segùn se puede leer en la inscripciòn del pedestal.

La contemplaciòn de una estatua erigida á un

laborioso obrero de la ciencia y del progreso, á un bienhechor de la Humanidad, consuela al que contempla, y compensa el profundo disgusto que produce la vista de esa multitud de estatuas erigidas en todo el mundo á los obreros del despotismo y de la muerte, á los tiranos; y erigidas á ellos, no por sus discípulos, ni por sus amigos, sino por sus propias víctimas, por los desgraciados pueblos.

Hermosos parques, separan los diversos pabellones, en uno de los que está actualmente la Clínica Charcot.

En la modesta y casi pobre sala destinada á la Clínica, se admira el bello, el incomparable cuadro de Roberto Fleury, cuadro que representa al inmortal Pinel, al sabio altruista, al apóstol que á fuerza de trabajo, de caridad y de talento logró arrancar á los infelices locos de las tenaces garras de la ignorancia y la crueldad humanas.

En aquel cuadro, inundada por la luz indeficiente de la ciencia y ennoblecida por la grata expresión de su dulce mirada llena de compasión y amor para todos los que sufren, se destaca la imagen de Pinel entre un grupo de formas y actitudes que estremecen, entre absortas miradas de hombres lo-

cos que sin odiar blasfeman y ante una exhibición de conmovedoras y palpitantes desnudeces de mujeres, también locas, que sin amar deliran y riéndose sollozan.

La Clínica Charcot, es no más que un fragmento, un jirón de ese libro misterioso en que la ciencia va trazando la historia del delirio: el cuadro de Fleury forma parte del libro, es un jirón de la portada.

La redentora obra del alienista Pinel, era digna del neurólogo Charcot: el cuadro de Fleury es digno de Pinel.

En la obra de Pinel estaba el genio; en la Clínica Charcot están la ciencia, el estudio y el talento; en el cuadro Fleury, la inspiración, el arte y la pintura; en las salas del hospital están la histérica y el loco, el hombre y la mujer, la negra y espantosa realidad.

En La Salpêtrière hay tres departamentos destinados al tratamiento de la locura, sólo tres salas son para hombres; las demás están destinadas á mujeres y se tratan allí exclusivamente enfermedades del sistema nervioso.

En el gran hospital se pueden encontrar todas

las variedades de neuropatías, todos los desequilibrios, todas las psicopatías, todas las degeneraciones, todas las anomalías, todas las aberraciones y todas las monstruosidades del espíritu.

Desde la neurastenia de la sensibilidad moral que constituye el primer indicio de desequilibrio en los degenerados superiores hereditarios, hasta el idiotismo completo, último grado de la degeneración intelectual, que convierte al hombre creado á imagen y semejanza de su Dios, en un bruto muy inferior á los demás animales sus congéneres que le preceden en la escala zoológica y en la jerarquía del desarrollo cerebral.

Entre los cuatro mil asilados de La Salpêtrière se pueden ver los más notables ejemplares de esa espantosa serie de neuropatías que la Naturaleza, según unos, la Providencia, según otros, ha creado con verdadero lujo de crueldad é incomprensible variedad de formas y torturas.

Allí están los obsesos que víctimas de la *agorafobia*, viven constantemente atormentados por el horror á los espacios.

Los que atacados por la locura de duda viven en un continuo sufrimiento, dudando de cuanto

hay, de cuanto ven, cuanto sienten, cuanto piensan, cuanto tocan, dudando hasta de sí mismos, y de su propia existencia.

Los que padecen *onomatomanía*, sin encontrar jamás las palabras ni las frases con que deben expresar sus pensamientos.

Los que afectados de *coprolalia*, viven condenados á repetir constantemente las frases más inmundas y los poseídos por la desesperante manía blasfematoria.

Los impulsivos homicidas, luchando sin cesar contra sus criminales obsesiones, contra su instintiva sed de sangre y de exterminio, atormentados por voces misteriosas que de noche y de día les ordenan matar, asesinar, descuartizar hasta á sus propios hijos y á su madre.

Los poseídos por la manía suicida, llevando en su alma misma el incesante afán de estrangularse, de destrozarse el cráneo, de estrellarse, y sintiendo un horror invencible hacia la vida.

Los *dipsómanos*, siempre sedientos y abrasados por un fuego interior que los impele á beber hasta inmundicias, ávidos de bebidas embriagantes, alcohol, éter, licores corrosivos y aun venenos.

Los poseídos por la manía del robo, los *kleptomano*s, empujados por obsesiones invencibles á robar cuanto encuentran.

Los poseídos por la manía del juego, víctimas de una impulsión constante, irresistible á jugar cuanto tienen, desde la herencia de sus padres y el producto de su trabajo, hasta los muebles de su casa, la ropa de su esposa y el alimento de sus hijos.

Los impulsados por la manía de las compras, obligados por el deseo irresistible de comprar cuanto ven, á vivir siempre llenos de compromisos y de deudas; exponiéndose á las reclamaciones judiciales y sufriendo constantemente mil humillaciones de sus acreedores, pero comprando siempre á pesar de que comprenden que marchan á la ruina.

Los *piromanos*, incendiarios que, asaltados por paroxismos de desesperación, prenden fuego á todo lo que pueden y llegan á quemar hasta su misma casa y hasta la cuna en que duermen sus hijos.

Los lunáticos, los excéntricos y los volubles.

Los sórdidos, cuya existencia es un suplicio y

viven en la miseria y la inmundicia. Los aventureros empujados á vagar constantemente sin encontrar felicidad ni calma en ningún punto, dilapidando su fortuna en viajes y muriendo casi siempre en la completa indigencia.

Los *megalómanos*, orgullosos y disipadores, soñando siempre que son hombres de muchísimo talento, que son muy poderosos, ó muy ricos, que valen más que todos, que son la admiración del mundo entero; y que impulsados por su loca vanidad y ciego orgullo, lo sacrifican todo, hasta la honra, por vivir ostentando un gran lujo, figurar en los círculos más altos, acometer las más grandes empresas; y que concluyen siempre por arruinarse y arrastrar á la ruina y con frecuencia al deshonor, á sus socios, amigos y parientes.

Los inventores, los soñadores y los utopistas que pasan la existencia atormentados por el afán de descubrir ó de inventar buques maravillosos, globos dirigibles, aparatos de movimiento continuo; los que se sacrifican por reformar la sociedad creando nuevos sistemas, nuevas religiones y luchan con ardor por la quimérica realización de los más insensatos y extravagantes ideales.

Los peligrosísimos *perseguidos* y *perseguidores*, que poseídos por el delirio de persecución viven en un continuo sobresalto, encontrando asechanzas y enemigos por doquiera que van; creyéndose las víctimas de mil maquinaciones espantosas, fraguadas por la envidia y el rencor de sus imaginarios y poderosos adversarios; locos que acaban por cometer horribles atentados, por herir á traición y perpetrar asesinatos.

Los *celosos*, los *místicos* y los *fanáticos*.

Los locos criminales, completamente desprovistos de sentido moral, llenos de ira, de odio, sanguinarios, feroces, despiadados, rencorosos y crueles, que en sus accesos de furor arrasan cuanto encuentran y asesinan, destrozan, descuartizan á víctimas inermes para saciar su sed de sangre y calmar sus instintos de exterminio.

Los *erotómanos* que, consumidos por el fuego de una pasión que los absorbe por completo y consagrados á las eternas lucubraciones del amor platónico, se vuelven melancólicos y, ó van al manicomio, ó se suicidan.

Los *sexuales*, degenerados peligrosos, impulsivos, abrasados de lascivia, y llevando en su orga-

nismo las más abominables perversiones del instinto, los más sucios impulsos de la carne, los más inmundos vicios, los gustos más extraños y más crueles, los más desenfrenados arrebatos y las más criminales pasiones.

Las *ninfomanas*, ignominia de su sexo.

Las histéricas, esas degeneradas, casi incomprendibles, cuya neurosis abarca cuanto existe de enfermo y pervertido en el impenetrable abismo de los instintos femeninos.

Inteligentes hoy, estúpidas mañana, un día locas, falaces, embusteras, hipócritas, calumniadoras y sensuales; y otro día cariñosas, dulces, castas, compasivas, sinceras y virtuosas.

Ora volubles, pérfidas é infieles; ora tenaces, firmes, caprichosas y abnegadas. Hoy la volubilidad de su carácter y el insaciable afán de llamar la atención y de hacerse notables las impele á cambiar de opinión á cada instante, á sostener ideas contradictorias, á embrollarse en situaciones escabrosas y alardear de cinismo y de impureza; y mañana, bajo la influencia de una verdadera catalepsia de la inteligencia, se apoderan de una idea grande y luminosa, de un sentimiento.

noble y levantado y lo sostienen con firmeza inquebrantable.

La histérica es capaz de hacer el bien y lo hace con frecuencia; pero en cambio es capaz de causar muy graves males.

Grandes coquetas, y actrices consumadas, logran por regla general cautivar á la víctima que eligen.

Poseen ese atractivo poderoso que se llama *lo imprevisto*, disimulan con arte sus múltiples achaques, neuralgias, paroxismos y defectos, y saben desplegar tanta dulzura, tal gracia y tal encanto, que seducen al hombre y lo fascinan.

Pero apenas casadas, se quejan de que no son comprendidas.

Cuanto antes habían hecho para volverse gratas, es poco ante lo que urden para hacerse odiosas.

Calumnian al marido, se fingen muy enfermas, se muestran fatigadas, disimulan aburridas, simulando rencores que no sienten.

Desprovistas, aunque es triste decirlo, del instinto maternal, hacen ostentación del odio y aver-

sión que tienen á sus hijos y son crueles con ellos.

Arrastradas por una vanidad insuperable y un afán de lucir irresistible, procuran atraerse la atención de los hombres galantes y fingen muchas veces amores criminales que no tienen é intrigas amorosas que no existen.

Logran con esto, comprometer su nombre y la honra y el nombre del marido.

Son, en una palabra, malas hijas, malas esposas, malas madres y algunas de ellas no merecen siquiera ser mujeres.

Por desgracia, las histéricas no están todas, como debieran, en el manicomio.

En La Salpêtrière la mayor parte de las enfermas que se curan son las *histero-epilépticas*, cuya neuropatía, traspasando los límites de lo hasta hoy conocido por la ciencia, invade las esferas de lo desconocido y lo maravilloso.

Son estas neurópatas las que bajo la influencia de la sugestión ejecutan actos asombrosos y presentan los extraordinarios fenómenos del sonambulismo.

Ellas son las que en el estado de letargia duermen durante años, y en el estado de catalepsia

toman y conservan las actitudes más inverosímiles.

Las que ven á través de los cuerpos opacos y adivinan el pensamiento del que las hipnotiza; las que hipnotizadas pueden soportar mutilaciones dolorosas con la sonrisa en los labios; las que inspiradas por el patriotismo se convierten en heroínas como Juana de Arco, é inflamadas por el amor á Dios se vuelven santas como Teresa de Jesús.

Las que durante sus misteriosos éxtasis han, como Luisa Lateau, reproducido con bellos caracteres y sublimes expresiones y detalles las conmovedoras fases de la agonía del Crucificado, llegando á sudar sangre por los pies, por las manos, la frente y el costado.

Imagináos á Luisa Lateau, la hermosa extática de Bois d'Haine, transfigurada, iluminada por una belleza ideal, con la frente coronada por una diadema de sangre y cayendo en éxtasis á las dos de la tarde, permaneciendo inmóvil hasta las tres; colocando los brazos en cruz y poniendo un pie sobre el otro en la actitud en que fueron clavados los de Cristo, presentar todos los signos de la agonía del Redentor: reclinar la cabeza sobre el

pecho, mientras sus ojos se hundén, su nariz se afila, una palidez mortal cubre su rostro y un sudor helado inunda el cuerpo; las extremidades se enfrían, el pulso se hace imperceptible, se escucha el estertor de la agonía y la virgen neurópata queda durante diez minutos como muerta: imagináos un cuadro como éste y tendréis idea de lo que es una histero-epiléptica.

Sonambulismo, letargia, catalepsia, éxtasis, estigmas, adivinación del pensamiento, inexplicables anestias de la carne y sublimes exaltaciones del espíritu, arrebatadores fanatismos, pasiones ultrahumanas, heroísmos ideales y transfiguraciones divinas; he ahí los maravillosos caracteres de esa extraña neurosis, de esa degeneración hereditaria incubada durante siglos en las celdillas del cerebro femenino y transmitida á través de las generaciones por la monstruosa fuerza del atavismo, ese *misterio* ante cuya asombrosa magnitud se ha detenido muda de admiración la prodigiosa inteligencia humana.

Es La Salpêtrière un tétrico Museo en que la naturaleza exhibe sin pudor y sin piedad los errores de la embriogenia y los horrores de la herencia:



miopatías que deforman, calambres que retuercen, contracturas que rompen los músculos, crispaturas que erizan los nervios, convulsiones que saltan los ojos, rigideces que atacan el cuerpo y desmayos que duermen el alma: todos los cataclismos del espíritu, todas las ignominias de la carne y todas las afrentas de la especie.

Enanos con cabeza de gigante y gigantes con cráneo de niño; raquíticos con formas de bactracio y deformes con fauces de anfibio; idiotas tan obesos como cerdos; mujeres descarnadas como momias y niños con aspecto de reptiles.

Extáticas sublimes que viven sin comer y sudan sangre, místicas que son vasos de pureza y ninfómanas que ahullan de lascivia; locos que de dolor se mueren mudos y locas que agonizan en una carcajada.

Caras sin expresión, inmóviles como ídolos de piedra, y rostros de payaso con gestos de demonio; ojos llenos de llanto que no corre y labios con sonrisas que estremecen; melancólicos cantos que conmueven y espantosas blasfemias que horrorizan; actitudes de odio que dan risa y miradas de amor que pavorizan.

En el gran manicomio están reunidos todos los desperdicios del génesis humano y todos los harapos del *immortal soplo divino*.

Sobre la arena misma del combate selectivo, sobre el terreno mismo de la lucha por la vida, yacen allí los restos miserables de los que sucumbieron en la brega.

Desde la informe masa de carne degradada y espíritu abortado, que palpita en aquel antro negro del olvido; desde la eterna noche de delirio que pesa sobre el campo de batalla; desde lo más profundo de aquel abismo de locura en que vagan los manes mutilados de tantas almas muertas, se alza un sordo clamor de angustia, indignación, blasfemia y queja; un lúgubre alarido, un grito de protesta contra la cruel indiferencia humana y la eterna, la perenne, la feliz inclemencia divina. . . .

En aquel hospital, en el departamento de epilépticas, entre una mujer horriblemente enflaquecida, que arrodillada sobre su lecho elevaba las manos al cielo en actitud de orar, y una joven imbécil que se reía incesantemente, colocaron á la bella, á la mártir, á la noble María.

Salvador recibió en Londres el telegrama del Sr. Ponce, que decía así:

«Vuestra madre procesada y sentenciada á un año de prisión, Aurora avergonzada, lo sabemos todo, compromiso deshecho, retiro palabra que empañé engañado.»

Salvador se quedó confundido.

Jamás María le había hablado de su madre, ni él se hubiera atrevido á preguntarle.

Se creía un expósito abandonado por sus padres en la Inclusa, se creía huérfano y vivía resignado sin reconocer otra madre que María á la que amaba como hijo; pero al ver el mensaje de Ponce, comprendió que su nacimiento estaba envuelto en un negro misterio.

Su madre había sido sentenciada: sin duda alguna, era una mujer mala y criminal.

*Aurora estaba avergonzada:* esto quería decir que el proceso había sido motivado por algún hecho ignominioso.

*¡Lo sabían todo!...*

El golpe fué tan rudo para el infortunado joven, que pasó todo el día desesperado sin resolverse á salir de su habitación y sin saber qué hacer.

Por la noche recibió el telegrama de Minjárez...  
¿María, su protectora, también presa?

Creyó volverse loco, pasó una noche horrible; se embarcó al día siguiente para Francia y llegó á París á las ocho de la noche.

De la estación se dirigió á la casa de la Avenida Klebber, pero como los criados no pudieron explicarle lo que había sucedido, ni tenían noticias de su ama, Salvador se fué á ver al Comisario.

El Comisario le informó de lo siguiente:

Conducida al hospital en un estado que jamás se juzgó grave, la señora había sido colocada en el departamento de epilépticas.

La señora había sufrido durante todo el día y parte de la noche, repetidos ataques epileptiformes, y por fin, hacia las dos de la mañana, pareció recobrar el conocimiento y habló algunas palabras con las enfermeras; pero una hora después le sobrevino un nuevo ataque, y había muerto.

El médico de guardia había dado parte del suceso al Comisario, éste dió parte al Juez, y el Juez, en vista de que nadie se presentaba á reclamar el cadáver, había dado orden de que fuese sepultado.

Llorando como un niño, salió Salvador de la Comisaría y se hizo conducir al hospital.

Quería ver por la última vez el rostro de su noble protectora, y de rodillas besar su helada mano, aquella mano que le había arrancado de un antro de miseria y tal vez hasta del crimen, para hacer de él un buen obrero, un hombre honrado y casi un hijo.

## IX

## RESURREXIT